

SI A LA POLITICA

Zarautz 1991.12.4

En los últimos tiempos a la vez que empiezan a escucharse voces esperanzadoras acerca de la inoperancia concreta y positiva de ciertas formas de actuación, se ha extendido también entre nosotros la creencia de que hay un peligroso exceso de politicismo que impide enfrentarse con éxito a los gravísimos problemas de toda índole que nos aquejan (ejemplo al canto: la conferencia del consejero de cultura y portavoz del denominado Gobierno Vasco pronunciada recientemente en la "apolítica" Universidad de Deusto). La verdad es que el nivel de politización real de la población vasca es menor que nunca, pero algunos están lógicamente interesados en reducirlo a cero. Porque a nada que se investigue el origen de esta corriente ideológica y sus canales de difusión y, sobre todo, se observe a quién favorece, asoma con claridad su carácter esencialmente antidemocrático.

El punto neurálgico de esta vieja doctrina -se remonta como mínimo a Comte y Saint Simon- reside en la afirmación de que todos los problemas que afectan a una sociedad son técnicamente solubles y de que la politización de los mismos sólo dificulta su comprensión y resolución positiva. El euskara, el paro, la reconversión industrial, la sanidad, la droga, la violencia, etc. exigen soluciones técnicas que sólo los expertos "apolíticos" pueden ofrecer. La técnica y la burocracia se convierten así en las ciencias rectoras (master sciences) desbancando a la política, a la que Aristóteles había conferido esa privilegiada posición. Las cotas de estupidez que se han alcanzado en esa dirección rebasan con mucho mi capacidad descriptiva.

De esta premisa se infiere a continuación que el omnipotente experto debe sustituir al político axiomáticamente incapaz, el diálogo y la razón a la intriga y la conspiración, la científica necesidad de las decisiones a la contingencia de las mismas. El hombre de moda, papel que otrora desempeñaran sincrónica o sucesivamente el chamán, el héroe, el filósofo, el sacerdote, el santo, el cortesano o el gentleman entre otros, es ahora el ingeniero, personaje central en los sueños dulces y rosas de los adolescentes de ambos sexos y vergüenza inconfesada de los adultos que no han conseguido serlo.

En nuestro pequeño país, demasiado modesto quizá para convertirse en objeto de deseo de muchos ingenieros superiores, los peritos o ingenieros técnicos son llamados a ocupar su lugar, principalmente si han salido de escuelas politécnicas donde, además de una probada formación tecnológica, han adquirido también voluntad de servicio y férrea disciplina labora!. Son los tocados por el dedo de la fortuna, los que han alcanzado ya aquella

contemplación cara a cara del Bien que Platón exige para ser un buen gobernante. Cuanto menos hayan oído hablar de política, tanto mejor; si alguna vez se ocuparon de ella, conviene que lo olviden rápidamente. No es, pues, ninguna casualidad que muchísimos de los que actualmente ocupan posiciones privilegiadas en la "política vasca" no se hayan ocupado jamás de política o que, incluso, hicieran en otros tiempos pública -e impúdica- profesión de apoliticismo.

En los países con algún autogobierno esta intromisión o irrupción de la técnica en la política puede ser más o menos negativa; para nosotros es letal. Los que la defienden con ingenuidad confunden el problema de la administración de los recursos con el problema de la asignación de los mismos y el del establecimiento del marco y las condiciones en los que se gestionan. El primero puede ser un problema técnico, los otros dos son inmisericordemente políticos. Olvidarlo entraña empeñarse inútilmente en resolver mediante ingeniería social lo que por definición nunca cabe esperar de la misma: la función taumatúrgica de multiplicar los panes y los peces y distribuirlos equitativamente. Su cometido consiste siempre y sólo en administrar bien los recursos puestos en sus manos en provecho exclusivo de quienes los controlan políticamente. La grave situación por la que atraviesan sin excepción todos los sectores de nuestro país es consecuencia no del exceso de política, como se pretende hacernos creer, sino de la carencia total de la misma.

Pero en realidad los partidarios de sustituir la política por la burocracia o la técnica, no son ingenuos, saben bien lo que quieren. Si donde antes leíamos intriga y conspiración leemos conflicto y oposición de intereses, en lugar de contingencia o arbitrariedad de las decisiones leemos complejidad y diversidad social y en lugar de incapacidad conciencia de los propios límites, no nos será difícil caer en la cuenta de los objetivos pasiva o activamente totalitarios que persiguen los ultratecnólogos de marras. Como enseñara Aristóteles un ser apolítico no puede ser más que una bestia o un dios. Nuestros tecnólogos no se consideran bestias, ergo es evidente que se creen dioses y que como tales pretenden controlar y dirigir todos nuestros asuntos. Ceder a sus pretensiones significa irrevocablemente acabar en la sumisión generalizada. Sólo entonces podrían poner en práctica sin trabas ni estorbos políticos de ningún género sus destrezas, pero al servicio ya de sus permanentes y auténticos objetivos, absolutamente opuestos a los que aparentemente manifiestan ahora mismo defender.

La dejación de la política y su sustitución por "el diálogo y la técnica" o el atentado son el peligro más inminente para la realización de nuestras aspiraciones de libertad y desarrollo. Alguien ha escrito que el abandono del campo estratégico es el camino más corto y más seguro de salir de la historia. Colaborar en la medida de nuestras escasas fuerzas a que el país alcance el nivel político imprescindible para mantenerse vivo es una obligación para con nosotros mismos y para con los demás de la que no podemos -ni queremos- abdicar. No soportaríamos la vergüenza de que las generaciones futuras, entre las que se contarán los hijos de muchos de nosotros, nos tildaran algún día de traidores.